

## **RAUL SOLDI OPINA SOBRE DOMINGO CANDIA.**

Hay pintores que no buscan. Encuentran como un milagro la pintura. Otros, los que participan del *ostinato rigore* que pregonaba Leonardo: buscan y encuentran.

A esta clase de pintores pertenece Domingo Candia. Y también hay los que buscan y no encuentran y sustituyen el “no encontrar” con malabarismos o “novedades”. Y lo más grave de esto es que, algunos de los que escriben sobre arte, imbuidos en un laberinto de palabras y metáforas, cometen el error de creer que es pintura lo que no lo es.

Creo que ha llegado el momento de ubicar las cosas en su lugar. Qué es pintura verdadera, qué es decoración, qué es artesanía o manualidad. Pongamos cada cosa en su sitio.

Candia, precisamente, nos enfrenta con la pintura. Es uno de los pocos pintores místicos que ha producido el país. Y no digo místico por los temas, sino por ser un continuo castigarse con la pintura, hasta sangrar. Introverso, su vida de retiro casi monacal, está ligada directamente a su arte. Quien haya conocido su taller/vivienda en Rue du Château 114 se encontrará con una casi celda de monje, llena de cuadros, por donde merodea un gato negro. En ese rincón heterogéneo y desordenado, lentamente, sin apuros, haciendo y deshaciendo, va poniendo orden a las formas y colores con la sabiduría con que un monje va escribiendo su libro de devociones.

Por momentos es tan potente la armonía de la vecindad de dos tonos (misteriosos y difíciles) que nos recuerdan ciertos pasajes de los cantos gregorianos.

Pronto nos daremos cuenta de que la grandilocuencia es vacía frente a la parquedad misteriosa de Candia.

Amigo Candia, siga Usted pintando, ya sea en Rue du Château, en el pequeño patio de la calle Irigoyen, donde en pleno invierno lo hacía con sobretodo y sombrero, o en el lugar que Usted elija. Estoy seguro que siempre nos dará obras que poseerán permanencia en el tiempo.

(Escrito en ocasión de la exposición de Domingo Candia en la Galería Wildestein, Buenos Aires, 1975.)